

Antonio de Undurraga

¿Fueron doce los sonetos de la muerte de Gabriela Mistral?



OMIOS poseedores de una cartulina, ligeramente patinada por el tiempo, en que el nombre impreso de su poseedora: "Lucila Godoy" está doblemente tarjado, pero que dice: "De *Los sonetos de la muerte*", undécimo. El soneto está firmado, a mano, por Gabriela Mistral y tiene, asimismo, una fecha manuscrita: "1909", pero no indica el lugar en que fué compuesto. Y su texto es el siguiente: "¡Oh, fuente de turquesa pálida! / ¡Oh, rosal de violenta flor! / cómo tronchar tu llama cálida / i hundir el labio en tu frescor! // Profunda fuente del amar, / rosal ardiente de los besos, / el muerto manda caminar / hacia su tálamo de huesos. // Llama la voz clara e implacable, / en la honda noche i en el día, / desde su caja miserable. // ¡Oh, fuente! el fresco labio cierra, / que, si bebiera se alzaría / aquel que está caído en tierra... //".

Cabe precisar que los "Sonetos de la muerte" en su número y versión definitiva son solamente tres, y que en el certamen de los primeros juegos florales de Santiago de Chile (celebrados el 12 de diciembre de 1914) obtuvieron la flor natural, una medalla de oro y una corona de laurel; en suma, la distinción más alta del concurso. Y no sería superfluo añadir que, hasta el presente, este concurso

de poesía es el único que ha dejado una huella en Chile —no por lo que él en sí significara— ¡fué uno de tantos! sino que por la calidad y alto destino que tuvo la obra premiada.

Algunos rasgos estilísticos del soneto undécimo son un claro testimonio del temperamento lírico de la poetisa, verbigracia cuando dice: "Oh, rosal de violenta flor! / cómo tronchar tu llama cálida / i hundir el labio en tu frescor!". Asimismo, el terceto final: "¡Oh, fuente! el fresco labio cierra, / que, si bebiera, se alzaría / aquel que está caído en tierra..." Es una poesía postmodernista o antimodernista hecha a base de sensaciones directas y de promedios estilísticos; una secuela estética que también fué grata a Juan Ramón Jiménez y a Antonio Machado quienes, como Gabriela Mistral, en aquellos años (1900-1909), buscaban denodadamente la manera de hacer algo distinto a Rubén Darío. Desde luego el tema de "la fuente" o "las fuentes" quedó tratado, a firme, por Machado y Jiménez. Claro está que Gabriela Mistral, poseedora de una autocrítica firme, desechó, pronto, el soneto undécimo por las vulgaridades y por el trabajo poético fallido que contenía, y aquel tal vez demasiado macabro "tálamo de huesos".

Sin embargo, como punto de partida o huella para una investigación estilística, como también para determinar el mensaje espiritual o el estado de ánimo de la poetisa, el soneto undécimo es tan valioso para el indagador como podría serlo para un arqueólogo la moneda de plata descubierta al pie de unas ruinas, después de pacientes excavaciones...

Don David Rojas González (en una conferencia dada en el Ateneo de Valparaíso, en 1933), expresa que en el año 1904 Gabriela Mistral era "una niña alta y muy delgada, ligeramente rubia y de ojos verdes" y que "fumaba bastante, lo que en ese tiempo debe haber sido un pecado muy grave". En 1909 (fecha en que fué escrito el soneto undécimo y, a no dudar, todos los "sonetos de la muerte"), Gabriela Mitral tenía 20 años de edad, y en el lapso 1905-1909, la poetisa hizo clases como maestra en la escuela de "La Compañía", colaboró en el diario "El Coquimbo" de La Serena (di-

rigido por D. Bernardo Ossandón), y fué ayudanta de la escuela de esta misma ciudad chilena (1).

¡1909! ¡He aquí un año dramático e intenso para la poetisa; en él confluyen sus veinte años, fervorosos de imágenes, ansias y ritmos... y los veintisiete años también esbeltos, puros y delicados de Romelio Ureta, por quien ella profesaba un afecto espiritual profundo. Pero, el 25 de noviembre de 1905, mientras Gabriela Mistral estaba —tal vez en un viaje ocasional— en Santiago de Chile, Romelio se suicida en el puerto de Coquimbo... Y así, la voz de la poetisa, en sangre y luz juvenil, queda sellada para siempre...

En 1912 —tres años después— cuando ya ejercía nuevamente el cargo de maestra en la ciudad de Los Andes. D. David Rojas González nos ha narrado que la poetisa mientras hablaba de los naranjos y la exuberante flora de esta villa andina, tuvo un extraño desdoblamiento y tocó el tema prohibido e impenetrable —por ella celosamente guardado para todos los frívolos y profanos— y le dijo: “—¿Conoció usted a Romelio Ureta? Sepa usted que cuando se suicidó, por las circunstancias que usted sabe, se le encontró una postal mía en su bolsillo... Pero yo he de volver a Coquimbo y haré que sus restos sean cobijados en la tierra blanda y que los retiren del nicho”.

Por ello, Gabriela Mistral en el primero de “Los sonetos de la muerte” nos expresa: “Del nicho helado en que los hombres te pusieron, / te bajaré a la tierra humilde y soleada. / Que he de dormirme en ella los hombres no supieron, / y que hemos de soñar sobre la misma almohada. // Te acostaré en la tierra soleada con una / dulcedumbre de madre para el hijo dormido, / y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna / al recibir tu cuerpo de niño dolorido. //”.

Realmente ¡niño dolorido!... un desventurado niño dolorido hubo de ser Romelio Ureta, si nos atenemos al sencillo pero aplastante relato que hizo una profesora de la ciudad de La Serena en

(1) V. Figueroa, “La divina Gabriela”, Santiago, 1933.

1933, al principal de los biógrafos de Gabriel Mistral, D. Virgilio Figueroa, y que reza así: "Respecto al amor que se atribuye a Lucila (léase Gabriel Mistral) dice la hermana de ella, doña Emelina Molina v. de Barraza, que había un joven que trabajaba en los ferrocarriles y parece que quería a la Mistral. Fué un cariño platónico. Era ella muy pequeña todavía. Cuando su hermana Emelina se fué de directora de escuela a El Molle, en Elqui, Romelio era conductor del tren (inspector) y conoció a Lucila cuando ella iba a buscar la correspondencia. Entonces empezó el idilio, que se reanudó cuando Lucila servía una ayudantía en la escuela de La Canteira. Se hospedaba en casa de la señorita Aurora Barraza, que después jubiló como profesora en Coquimbo. En ese hogar se aceptaba a Romelio y se le quería mucho. Allí continuó el idilio, que la familia no conoció sino años después". Y esta misma profesora que nos sirve de sencilla cronista para conocer la trama primera y tan humana de "Los sonetos de la muerte", prosigue: "Este joven recibía dineros del servicio de los Ferrocarriles. Un amigo que se hallaba en apuros, recurrió a él y le facilitó algo de dinero, por un corto plazo. Cuando él tuvo que dar cuenta de ese dinero, que no era mucha cantidad, el amigo no cumplió su palabra. Entonces el joven, viéndose perdido, se suicidó. En los bolsillos se le halló una tarjeta con el nombre de Lucila Godoy (o sea, el de pila de Gabriela Mistral). Era todo lo que tenía en su traje. De ahí se tejió la novela alrededor de su vida. Pero es absolutamente falso que él se haya quitado la vida porque andaba descarriado, asegura la hermana. Donde la Mistral dice "malas manos tomaron tu vida" (tercero de "Los sonetos de la muerte"), se refiere al amigo que no supo cumplir. Nunca Lucila (léase Gabriela) ha conversado sobre esto con su hermana".

Y, en efecto, en el soneto antedicho, se expresa: "Malas manos tomaron tu vida desde el día / en que, a una señal de astros, dejara su plantel / nevado de azucenas. En gozo florecía. / Malas manos entraron trágicamente en él... // Y yo dije al Señor: —"Por las sendas mortales / le llevan. ¡Sombra amada que no

saben guiar! / ¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales / o le hundes en el largo sueño que sabes dar! //”.

Como puede verse, una esquela similar a la ya mencionada y que obra en nuestro poder con el soneto undécimo (para siempre inédito) y que también decía: “Lucila Godoy” se halló, por único documento, en los bolsillos de Romelio Ureta en 1909... de aquel delicado “niño dolorido”, según el decir de la poetisa que, en relación con la memoria de Romelio, no actúa en forma maternal, como son sus deseos explícitos (pues ya anotamos que dice: “Te acostaré en la tierra soleada con una / dulcedumbre de madre para el hijo dormido,”), sino que actúa con una ternura de mujer fuerte, de hermana valerosa y tierna que trata, a toda costa, como la abnegada Antígona de la tragedia de Esquilo de rescatar el cadáver de su hermano en la lucha misma. He aquí por qué en “Los sonetos de la muerte” —según nuestro juicio— se percibe un claro y griego testimonio de amor filial. ¿Hasta dónde ha podido influir la obra de Esquilo, antes citada, en su natural temperamento? En el segundo de los sonetos podría estar la clave. En efecto, la forma en que la poetisa apela o alude a la “zona de los sinos” y a ese “signo de astros”, nos hace suponer que tanto Romelio como la poetisa en “Los sonetos de la muerte”, actúan para el inconsciente de ella, como semidioses perseguidos por el destino. Y los dioses (en este caso el “Señor” o dios cristiano), no habría podido oír el presunto ruego de ella: “¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales!”. Pero cabe subrayar, nuevamente, que esas “manos fatales”, esas “malas manos” actuaron a “una señal de astros” (soneto tercero) y que, si bien, clásica, griegamente, se produjo lo fatal, en el soneto segundo, la poetisa nos manifiesta que un día “Se hará luz en la zona de los sinos, oscura; / sabrás que en nuestra alianza (prosigue) signo de astros había / y, roto el pacto enorme, tenías que morir...”

En la alusión a este “pacto enorme” hay también otro tratamiento clásico, primitivo, del tema del amor y de la muerte por Gabriela Mistral. Porque, en efecto, cabría preguntarse: ¿quién o

quiénes tutelaban ese "pacto enorme"? ¿existe en este lenguaje una griega alusión a los dioses? Finalmente, ¿cómo no evocar la barca de Caronte, cuando nos dice: "Su barca empuja un negro viento de tempestad" (soneto tercero).

Desde un punto de vista distinto, desde un punto de vista psicológico, la versión definitiva de "Los sonetos de la muerte" (solamente en base a tres), y que apareció en el volumen intitulado "Desolación" (Nueva York, 1923), ofrece una presunta incoherencia de argumento que sólo se puede conciliar tomándola como un desdoblamiento de la conciencia o una superposición de estados anímicos que saltasen de la vigilia al sueño y viceversa. Tratándose de una obra poética esta presunta incoherencia no la denunciaremos como un defecto sino que, simplemente, anotamos su presencia. En efecto, en el primer soneto recalca la poetisa que "los hombres no supieron" que ella y su Amado habrían de soñar "sobre la misma almohada", y en el segundo de los sonetos le dice: "un día" "sentirás que a tu lado cavan briosamente" y "que otra dormida llega a la quieta ciudad" y le agrega: "Esperaré que me hayan cubierto totalmente... / ¡y después hablaremos por una eternidad! //". En esta misma composición le expresa a su Amado que para "las hondas huesas" su "carne"... "no madura"... "todavía". Pero en el último verso de este segundo soneto cambia el argumento diciéndole: "roto el pacto enorme, tenías que morir..." Podría dársele al verbo morir otro sentido, indudablemente. Un sentido cristiano de vida eterna, pero... en el soneto tercero... ¿la poetisa elimina todo contacto con su Amado? cuando manifiesta: "¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!" Parece que, por el contrario, fuera del tiempo y del espacio, como en sueños, pretendiese evitar la tragedia del suicidio del Amado y que no pudo impedirlo, pues, simplemente: "Se detuvo la barca rosa de su vivir..." /.

Sin embargo, en el soneto undécimo (inédito) escrito sólo días después del doloroso fin del Amado, el argumento es diferente, pues nos expresa que aquél "con su voz clara e implacable, en la honda noche i en el día, / (la llama) "desde su caja miserable". / Y, a

“la fuente” (símbolo de la vida que mana sin cesar), ella le dice imperativamente: “el fresco labio cierra, / que, si bebiera, se alzaría / aquel que está en tierra... //”.

Realmente, pese a que se trata de una composición fallida e inédita ¿puede traducirse, en forma más directa e intensa, por parte de la Amada, su sensación de viudez espiritual ante la trágica pérdida del Amado?

Como puede apreciarse, este soneto undécimo nos ha servido a modo de lazarillo histórico para avanzar por medio del tiempo, y por el impenetrable y trágico corazón de la poetisa. Sin embargo, sólo ella podría decirnos si fueron 12, o más los sonetos de la muerte, y si en 1909 quedaron o no, íntegramente escritos.